

Con eso de los "panty", la carrera de un punto en la media se ha convertido en un auténtico maratón.

—o—  
Ni de los automóviles puede ya uno asegurar si llevan el motor delante o en su parte mas "prepóstera".

—o—  
Freía un huevo como quien crea una joya para prendérsela en el vestido.

—o—  
Es un acto de cruel indiferencia eso de aprovechar la luz del escaparate para dar una ojeada a los titulares del periódico de la tarde.

—o—  
El sábado es una flor lozana que se mustia al día siguiente.

—o—  
No tartamudeaba; era que estaba aprendiendo a hablar a máquina.

—o—  
Una ventana sin visillos es una ventana descocada.

—o—  
Cuando el conductor baja la pantalla esa para que no le dé el sol en los ojos, el coche se disfraza de pirata.

—o—  
El girasol es una flor hipnotizada.

—o—  
Comía la alcachofa con un sensualismo cruel: regodeándose con los temblorosos pudores del manjar.

—o—  
El tenis es un deporte que produce en los espectadores la misma fascinación que la atenta observación de un reloj de péndulo.

—o—  
Luego de mirar la lista de la lotería, caminaba rompiendo los décimos sin premio y sembraba las aceras con trocitos de sus ilusiones perdidas.

JOSE CANAL

ENSAYOS DE HISTORIA

# El mito de un gran tesoro

Por Angel DOTOR



NINGUNO de los muchos historiadores, tanto hispánicos como extranjeros, que han descrito y enjuiciado la conquista de México por el ínclito Hernán Cortés disiente en conceptuarla como la más brillante de las gestas escritas por el brazo español en la tierra americana, llegando varios de ellos a considerar que algunos momentos de la misma no ceden en esfuerzo brioso y denodado a los que inmortalizaron a héroes inolvidables de la remota mitología oriental. La lectura de las crónicas de la conquista, principalmente la debida a Bernal Díaz del Castillo, participante en ella, cautiva y emotiva, al advertir cómo el valor, la audacia y la decisión de un puñado de españoles, fieles al genio conductor de su caudillo, hicieron posible la conquista de aquel gran imperio.

Esas crónicas pormenorizan el que fue casi un trienio de afanoso y heroico empeño —desde la partida de las naves de Santiago de Cuba, el 13 de noviembre de 1518, hasta la definitiva entrada del pequeño ejército en la capital azteca el 13 de agosto de 1521—, trienio a lo largo del cual hubo numerosas jornadas de encontrado signo, las más significativas de las cuales fueron la llamada "Noche triste" y la batalla de Otumba. En todas ellas, triunfales o adversas, brilló siempre, como inseparablemente unida al denodado heroísmo, la manifestación de una suma de carac-